

San Alfonso M^a de Ligorio



**DEL TRATO
FAMILIAR CON
DIOS**

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

Doctor de la Iglesia

DEL TRATO FAMILIAR CON DIOS

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

C./ RECAREDO 44 – 41003 Sevilla

www.apostoladomariano.com

Sevilla

2001

ÍNDICE

I.....	3
Dios quiere que le hablemos familiarmente.....	3
II.....	7
Conversar con Dios es tarea fácil y agradable.....	7
III.....	10
Circunstancias en que debemos hablar familiarmente con Dios.....	10
1.º <i>En las penas de la vida.....</i>	<i>10</i>
2.º <i>En las alegrías.....</i>	<i>12</i>
3.º <i>Después de haber cometido alguna falta.....</i>	<i>13</i>
4.º <i>En las dudas.....</i>	<i>14</i>
5.º <i>En las necesidades del prójimo.....</i>	<i>15</i>
6.º <i>Deseos del cielo.....</i>	<i>15</i>
IV.....	17
Modo práctico de hablar familiarmente con Dios.....	17
1.º <i>Al levantarte.....</i>	<i>17</i>
2.º <i>Meditación.....</i>	<i>17</i>
3.º <i>Durante el día.....</i>	<i>18</i>
4.º <i>Al acostarte.....</i>	<i>18</i>
5.º <i>Indulgencias.....</i>	<i>19</i>
6.º <i>En distintas ocasiones.....</i>	<i>19</i>

I

Dios quiere que le hablemos familiarmente.

No salía de su asombro el Santo Job al considerar con qué amorosa solicitud mira Dios por el bien del hombre. Parece que ha cifrado todo su deseo en amarle y en ser de él amado; por esto, hablando con Dios, exclamaba: *¿Qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, o para que se ocupe de él tu corazón?* (Job 7,17).

Por aquí se verá que es manifiesto error pensar que se falta a la majestad de Dios y al respeto que le es debido hablando con Él sin encogimiento y familiaridad y llaneza. Sin duda, alma devota, que debes presentarte ante su acatamiento con todo género de humildad y ánimo rendido, mayormente al recordar las injurias y ultrajes que en tu pasada vida le has hecho; pero esto, no obstante, has de tratarle con el más acendrado amor y ternura, con la mayor confianza que pueda abrigar tu corazón; porque si bien es cierto que es Señor de majestad infinita, también lo es que su bondad y amor son infinitos; y si Dios es el Señor más grande que pueda existir, es también el más extremado amante que puedes tener. Y no se desdén, antes se complace, en que le trates con suma libertad, ternura y confianza, así como los niños tratan a sus madres. Escucha las invitaciones que te hará y las caricias que te prodigarán cuanto te vea a sus pies postrada: *A sus pechos seréis llevados y acariciados sobre su regazo; como una madre acaricia a su hijito, así yo os consolaré a vosotros* (Is 66,12-13). Así como la madre se complace en sentar sobre sus rodillas al hijo de sus entrañas, y alimentarlo con la leche de sus pechos y cubrirlo de besos y caricias, con igual ternura y amor se complace nuestro amoroso Señor en tratar a las almas queridas de su corazón que le han dado todo cuanto tenían que han puesto en Él toda su confianza.

En el mundo no hay amigo, ni hermano, ni padre, ni esposo, ni amante, que te amen más que el Señor. La gracia de Dios es un gran don,

que de viles criaturas y humildes esclavos nos levanta a la dignidad de amigos de nuestro mismo Creador. *Es para los hombres tesoro infinito*, dice el Sabio, *que a cuantos se han valido de él los ha hecho partícipes de la amistad de Dios* (Sab 7,14). A fin de inspirarnos mayor confianza, se anonadó a Sí mismo, humillándose hasta hacerse hombre, para conversar familiarmente con nosotros. Y para conseguirlo se hizo niño, y pobre, y llegó hasta morir en una cruz con el estigma de ajusticiado, habiéndolo llevado su amor a permanecer con nosotros debajo de las especies de pan, para ser nuestro perpetuo compañero y unirse a nosotros con más estrecho lazo de amor en el Santísimo Sacramento del Altar.

El que come mi carne, dice por San Juan, *y bebe mi sangre, en Mí permanece y yo en él* (Jn 6,57). En una palabra, tanto se ha prendado de los hombres que, al parecer, sólo ellos son el objeto de su amor; esto exige que nosotros le correspondamos con el mismo afecto, hasta poderle decir: *Mi amado es todo para mí y yo soy todo para mi amado* (Cant 2,16); ya que se ha entregado a mí enteramente, yo me entrego todo a El, y puesto que me ha escogido por amigo y familiar suyo, sólo en El he de poner yo todo mi amor. *Mi amado*, dire con la Esposa de los Cantares, *es blanco y rubio, escogido entre millares* (Cant 5,10).

Dile, pues, con frecuencia: ¿Por qué, Señor, me amáis con amor tan acendrado? ¿Qué de bueno hay en mí que haya cautivado vuestro Corazón? ¿Habéis echado ya en olvido las injurias que os he causado? ¿A quién he de amar, si a Vos no amo, que sois mi Dios y mi todo, y que en lugar de lanzarme al infierno me habéis colmado de tantas gracias y amado con tan entrañable cariño? ¡Oh Dios mío amabilísimo!, os he ofendido, lo confieso; mas ahora lo que más me aflige no es tanto el castigo que con mis pecados he merecido como el haberos disgustado a Vos, que sois digno de infinito amor. Pero me da alientos el pensar que no sabéis despreciar al corazón que se arrepiente y humilla, y sale fiador de esto vuestro Profeta, cuando dice: *No despreciarás, ¡oh, Dios mío!, el corazón contrito y humillado* (Sal 50,19). Mientras viva y después de mi muerte sólo a Vos quiero servir, sólo a Vos quiero amar. En efecto: *¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra, fuera de Ti, ¡oh, Dios de mi corazón!; Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad?* (Sal 77,25). Vos sólo sois, y seréis siempre, el único dueño de mi corazón, el único Señor de mi voluntad, mi único bien, mi paraíso, mi esperanza, mi amor y mi todo: *el Dios de mi corazón, la herencia mía por toda la eternidad*.

Para que la confianza en Dios eche más profundas raíces en tu alma, trae a la memoria el cariño y afecto que te ha tenido, los medios que su amorosa Providencia ha usado para sacarte de los malos pasos en que andabas metido, y la manera de arrancarte de los afectos terrenos para unirte a Él con los estrechos lazos del amor. Lo único que debes temer es tratar a Dios con poca confianza una vez que te determines a amarle: porque las misericordias que ha usado contigo son prenda segura del amor que te profesa. Mucho desagrada a Dios la desconfianza de las almas que le aman de corazón y a las cuales corresponde con su amor. Por tanto, si quieres dar gusto a su amoroso corazón, procura de aquí en adelante tratarlo con la mayor ternura y confianza que te sea posible.

Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos, dice el Señor por Isaías; *tus muros los tengo siempre delante de mis ojos* (Is 49,16). ¿Por qué temes, alma querida?, dice el Señor; ¿por qué desconfías? Llevo grabado tu nombre en mis manos para no cansarme de colmarte de beneficios. ¿Temes, por ventura, a tus enemigos? Pues yo soy tu libertador; yo tomo a mi cargo tu defensa y no puedo olvidarme de que estás debajo de mi protección. Pensando en esto David, se henchía de júbilo su corazón y exclamaba: *Señor, tu buena voluntad nos ha cubierto a modo de escudo y protegido por todos lados* (Sal 5,13). ¿Quién podrá, Señor, causarnos daño, si vuestra bondad y amor es a manera de muro que por todas partes nos rodea? El recuerdo de que Dios nos ha dado a Su Hijo Jesucristo debe también alentar y animar nuestra confianza.

Tanto amó Dios al mundo, dice San Juan, *que no paró hasta dar a su unigénito Hijo* (Jn 3,16). Pues bien, exclama San Pablo, *el que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérmole dado a El, dejará de darnos cualquiera otra cosa* (Rom 8,32).

Mis delicias, dice el Señor, *son en morar en compañía de los hijos de los hombres* (Prov 8,31). Dios ha puesto su paraíso, por decirlo así, en el corazón del hombre. Si Dios te ama, ámale tú también. El tiene sus delicias en vivir contigo; sean, pues, las tuyas en vivir a su lado y en pasar en su amable compañía todo el tiempo que puedas durante la vida, para seguir amándole por toda la eternidad.

Toma, pues, la costumbre de hablarle a solas, familiarmente, con amor y confianza, como el amigo querido y leal ama y conversa con su amigo.

II

Conversar con Dios es tarea fácil y agradable.

Hemos dicho que es grande error manifestar desconfianza en nuestras relaciones con Dios y comparecer siempre ante su divino acatamiento como aparece en la presencia de su señor el esclavo tímido y vergonzoso, temblando de miedo. Pero todavía el error es mucho mayor si creemos que el conversar con Dios causa tedio y amargura. Porque, como dice el Sabio, *ni en su conversación tiene ratos de amargura, ni causa tedio su trato* (Sab 8,16). Pregúntaselo a las almas que le aman con amor sincero, y te dirán que en las angustias y pesares de la vida no saben hallar mayor consuelo que en conversar amorosamente con Dios.

Este trato familiar con Dios no exige aplicación continua de la mente hasta el punto de tener que abandonar tus negocios y privarte de honestas recreaciones. Lo que se te pide es que, sin abandonar tus habituales ocupaciones, te portes con Dios como lo harían, cuando se presenta la ocasión, las personas que mutuamente se aman.

Dios se halla siempre a tu lado; o, mejor dicho, dentro de ti mismo. *Dentro de El vivimos*, dice San Pablo, *nos movemos y existimos* (Hech 17,28). Dios se complace en que le trates con familiaridad y llaneza, y por eso no pone trabas al que desea hablarle. Háblale de los negocios que traes entre manos y de los deseos que alimentas en tu corazón; confíale tus penas y temores, trata con El los asuntos que más te importan; pero no te olvides de lo que te he dicho; háblale con confianza y con el corazón en la mano. Dios no acostumbra responder al alma que no le habla; y no estando habituada a conversar con Él, apenas si percibirá su voz cuando se digne hablarle. De esto se lamenta el Señor cuando dice: *Nuestra hermana es pequeña... ¿Qué haremos, pues, con nuestra hermana en el día que se le haya de hablar?* (Cant 8,8). Nuestra hermana es todavía una niña en el amor; ¿cómo le he de hablar, si no me entiende? Dios quiere manifestarse como Señor de majestad soberana y terrible cuando menospreciamos su gracia;

al contrario, cuando le amamos, desea que le tratemos como al más cariñoso amigo y que le hablemos con familiaridad y sin encogimiento.

Verdad es que siempre merece Dios ser respetado; pero cuando te otorga la gracia de admitirte en su presencia y desea que le hables como un amigo querido habla a otro amigo, manifiéstale tu pensar y sentir con libertad y confianza. *Se anticipa*, dice el Sabio, *a aquellos que le codician, poniéndoseles delante El mismo* (Sab 6,14). Si le amas, no aguarda a que le salgas a su encuentro. El mismo se anticipa, trayendo las manos cargadas de las gracias y remedios que has menester. Está esperando a que despliegues los labios para darte a conocer que está a tu lado pronto a oírte y consolarte. *Tiene atentos sus oídos*, dice David, *a las plegarias que le hacen* (Sal 33,16).

Siendo Dios inmenso, se halla en todas partes; pero de modo particular ha fijado su morada en dos lugares; en el cielo empíreo, donde está presente por la gloria que comunica a sus elegidos, y en el alma humilde que le ama: como dice Isaías: *Habita en el lugar santo y en el corazón contrito y humillado* (Is 57,15). El Señor, que tiene asentado su trono en lo más alto de los cielos, no se desdeña de conversar con sus fieles siervos, encerrados en las grutas o en la soledad de sus celdas, para inundar sus almas de divinas consolaciones, y una sola de ellas vence a todos los placeres que pueda brindarnos el mundo; el que las desea, es manifiesta señal de que no las ha gustado. *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Sal 33,9).

Los amigos del mundo a tiempos están juntos, mas a tiempos también han de separarse; pero entre Dios y nosotros, si lo queremos, no habrá ni un instante de separación. *Te echarás a dormir y tu sueño será tranquilo; pues el Señor estará a tu lado* (Prov 3,24) velando tu sueño. *Vivirá en mi compañía*, dice el Sabio, *y le comunicaré mis pensamientos* (Sab 8,9-16). Cuando te entregas al descanso, vela cerca de tu cabecera, pensando siempre en ti, para que, si despiertas durante la noche, pueda hablarte por medio de sus inspiraciones y recibir los actos de amor y de agradecimiento que broten de tu corazón; por este medio consigue no privarte, ni en el silencio de la noche, de su amable y sabrosa conversación. Incluso a veces te hablará en sueños y te dará a conocer su voluntad, a fin de que, al despertar, la pongas en ejecución.

A tu lado lo tendrás también por la mañana, para recoger de tus labios las palabras de afecto o de confianza que le dirijas; para ser el confidente de tus primeros pensamientos y el depositario de todas las buenas obras

que, para complacerle, piensas llevar a cabo durante el día; y, finalmente, para alentarte en los trabajos y en las penas que te dispones a sufrir por su gloria y por su amor. Pues bien, así como lo tienes a tu lado en el momento de despertar, así también debes velar de tu parte para dirigirle luego una mirada amorosa y alegrarte al entender que Dios no está lejos de ti, como lo estaba cuando tu alma yacía sumergida en el pecado; antes, por el contrario, te ama y desea que le correspondas con tu amor, recordándote en aquel instante el precepto que dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón* (Deut 6,5).

No imites a la mayor parte de los hombres, que viven olvidados de la amorosa presencia de Dios. Háblale con frecuencia, que nuestra continua conversación no le cansa, ni le molesta, ni se desdeña escucharnos, como lo hacen los grandes señores del mundo; y advierte que, si le amas de veras, siempre tendrás algo que decirle. Háblale de tus intereses y de tus personales necesidades como hablarías al amigo en quien has puesto tu confianza. No lo mires como a príncipe soberbio que sólo encuentra descanso y deleite en hablar con grandes personajes y de grandes empresas. Nuestro Dios pone sus delicias en rebajarse a hablar con nosotros y se complace en que le comuniquemos el secreto de nuestros más íntimos y ordinarios negocios. Te ama con amor tan entrañable, y vive tan preocupado de tu bienestar, como si sólo en ti tuviera que pensar. Se afana tanto por labrar tu felicidad que, para conseguirlo, pone a tu servicio su admirable Providencia, te socorre con su omnipotencia, y su misericordia y bondad parece que sólo las reserva para compadecerse de ti, para hacerte bien y ganar tu amor y confianza con tan señalados beneficios. Ábrele, pues, con libertad las puertas de tu corazón y pídele que te guíe por el camino que te ha trazado su adorable voluntad. Por este medio lograrás dirigir todos tus pensamientos y deseos a agradar y complacer a su amoroso corazón. *Expón al Señor tu situación* (Sal 36,5), dice David, y *pídele*, añade Tobías, *que dirija tus pasos y que estén fundadas en El todas tus deliberaciones* (Tob 4,20).

No digas que es del todo inútil descubrir a Dios tus necesidades, supuesto que las conoce mejor que tú. Verdad es que las conoce; pero aparenta ignorar las que le ocultas y para las cuales no pides su ayuda y favor. Bien sabía nuestro divino Salvador que Lázaro había muerto, y no dio muestras de saberlo hasta que se lo dijo la Magdalena; sólo entonces la consoló resucitando a su difunto hermano.

III

Circunstancias en que debemos hablar familiarmente con Dios.

1.º En las penas de la vida.

Cuando te veas agobiada, alma devota, por el peso de la enfermedad, de las tentaciones, persecuciones y otros trabajos, acude luego al Señor pídele que te alargue su poderosa mano. Bastará que en semejantes casos le manifiestes la cruz que te martiriza, diciéndole: “Mirad, Señor, que me veo cercada de tribulaciones”, que ciertamente no dejará de consolarte o, a lo menos, te dará la fortaleza necesaria para llevar con paciencia las penas que te aquejan, de lo cual resulta a las veces mayor bien que si en realidad te librase de ellas. Descúbrele todos los pensamientos que te atormentan y los temores y tristezas que te consumen, diciéndole: “En vos, Dios mío, tengo puestas todas mis esperanzas; os ofrezco esta tribulación y acato los designios de vuestra voluntad, mas tened compasión de mí; libradme, Señor de esta tribulación, o dadme la fuerza de soportarla”. Ten por cierto que no faltará a la promesa que nos hizo en su Evangelio de consolar y fortalecer a todas las almas atribuladas que a El acudan. *Venid a Mí*, nos dice, *todos los que andáis trabajados y cargados, que yo os aliviaré* (Mt 11,18).

Y advierte que no se ofende el Señor cuando en tus angustias y pesares buscas alivio en tus amigos; lo único que te pide es que acudas a Él como a tu principal favorecedor. Cuando veas cuán en vano has acudido a las criaturas en demanda de consuelo, acógete entonces, al menos, a tu Creador, y dile: “Señor, los hombres no tienen más que palabras; *mis amigos no saben ni pueden sino hablar —verbosi amici mei—*; no pueden consolarme ni tampoco quiero mendigar su consuelo; sólo Vos sois toda mi esperanza y todo mi amor; sólo Vos sois toda mi esperanza y todo mi amor; sólo de Vos me ha de venir el consuelo, y lo único que ahora os pido

es hacer lo que más os agrade. Dispuesto estoy a sufrir estas penas y trabajos durante toda mi vida y por toda la eternidad, si tal es vuestra voluntad: lo único que os pido es que me socorráis con vuestra gracia”.

No temas desagradarle si algunas veces te quejas amorosamente de Él y le dices: *¿Por qué, Señor, te has alejado tanto de mí?* (Sal 10,1). “Bien sabéis, Dios mío, que os amo y que sólo deseo vuestro amor; socorredme con vuestro favor y no me abandonéis”. Si cae la tribulación con todo su peso sobre tus hombros y te rinde y agobia, une tus lamentos a los de Jesucristo afligido y moribundo en la cruz, y pídele compasión y piedad diciendo: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?* (Mt 27,26). Estos casos deben servirte para humillarte en la presencia de Dios, pensando que no merece ningún género de consuelo el que se atrevió a ofender a tan soberana majestad. Para mejor reanimar tu confianza, acuérdate que el Señor lo hace o lo permite todo para nuestro mayor bien, como dice San Pablo: *Todas las cosas se tornan en bien de los que aman a Dios* (Rom 8,28). Cuanto más humillada y desconsolada te veas, debes exclamar con mayor fortaleza de ánimo: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he de tener?* (Sal 26,1). Espero de Vos. Dios mío, que me habéis de iluminar y salvar. *En ti, Señor, esperé, y no quedaré para siempre confundido* (Sal 30,2). Luego permanece tranquila, segura de que jamás se perdió quien puso en Dios su confianza, como dice el Sabio: *Ninguno que confió en el Señor quedó burlado* (Eccli 2,11). Mira que Dios te ama con más entrañable amor que tú misma te amas; no hay, pues, por qué temer. David se consolaba diciendo: *El Señor tiene cuidado de mí* (Sal 39,18). Bien lo sé, Dios mío, y por eso me abandono a vuestra protección; sólo quiero pensar en amaros y complaceros; dispuesta estoy a hacer cuanto os agrade. No sólo deseáis mi bien, sino que lo buscáis con paternal solicitud; a Vos, pues, abandono el cuidado de mi eterna salvación; en vuestras promesas descanso y descansaré siempre, puesto que es vuestra voluntad que ponga en Vos todas mis esperanzas. *Yo dormiré en paz y descansaré, porque de modo muy singular me has confirmado en la esperanza* (Sal 4,9).

Sentid bien del Señor (Sab 1,1). Con estas palabras nos exhorta el Sabio a confiar más en la divina misericordia que a temer la justicia divina; porque Dios está más inclinado por naturaleza a perdonar que a castigar. Ya lo dijo Santiago: *La misericordia sobrepuja al rigor del juicio* (Stgo 2,13). Y el Apóstol San Pedro nos aconseja que en nuestros negocios, ya sean temporales, ya eternos, debemos fiarlo todo a la bondad de Dios, que tan a pechos ha tomado nuestra salvación. *Descargad en su amoroso*

seno, dice el Santo, *todas vuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de vosotros* (1 Ped 5,7). A este propósito el Profeta David da al Señor un muy ajustado nombre, cuando dice: *Nuestro Dios es el Dios que tiene la virtud de salvarnos* (Sal 67,21). Es decir, como explica Belarmino, que el oficio propio del Señor no es condenar, sino salvarnos a todos; pues si bien es cierto que nos amenaza con el rigor de sus castigos, también lo es que promete perdonar a los que le temen, como cantó la Madre de Dios cuando dijo: *Y su misericordia reposa sobre los que le temen*. Te recuerdo, alma devota, estos textos de la Sagrada Escritura, para que cuando te asalte el temor de si te salvarás o no, de si entrarás o no en el número de los predestinados, esfuerces tu ánimo abatido considerando que Dios ha prometido salvarte si te resuelves a servirlo y amarlo con El desea.

2.º En las alegrías.

Cuando recibas alguna agradable noticia, no obres como suelen hacerlo algunas almas poco leales y muy desagradecidas, que acuden a Dios cuando gimen bajo el peso de la tribulación, pero que luego, en el tiempo de la prosperidad, se olvidan de Él y lo abandonan. Guárdate por lo menos aquellas consideraciones que tendrías con un amigo que te ama y se interesa por tu bien; acude presuroso a comunicarle tus alegrías; alábale y dale muy rendidas gracias, reconociendo que todo es dádiva de su próspera mano; alégrate de tu dicha, pues siendo Dios la fuente y el origen de ella, en Él te debes gozar y consolar.

Yo, sin embargo, me regocijaré en el Señor, puedes decir con el Profeta, *y saltaré de gozo en Dios, Jesús mío* (Hb 3,18). Os bendigo y os bendeciré siempre por tantos favores como me habéis prodigado, sobre todo cuando en vez de gracias merecía castigos por los pecados que contra Vos cometí. Di le también con la Esposa de los Cantares: *Las nuevas y las añejas frutas, todas las he guardado para ti, ¡oh amado mío!* (Cant 7,13). Señor, conservo frescos en la memoria y os agradezco todos vuestros beneficios pasados y presentes, para honraros y glorificaros por ellos durante toda la eternidad.

Pero si amas de veras a Dios, debes gozarte más de su felicidad que de la tuya propia, así como el amigo que ama al amigo con sincero amor se complace a las veces en su bien más que si fuera propio y personal. Consuélate pensando que tu Dios es infinitamente dichoso; dile, pues, con

frecuencia: “Amadísimo Señor mío, me complazco en vuestra felicidad más que en todos mis bienes, porque os amo a Vos más que a mí mismo”.

3.º Después de haber cometido alguna falta.

Le darás a tu amantísimo Dios claras muestras de tener en Él plena confianza, si después de haber cometido algún pecado no te avergüenzas de postrarte a sus pies para implorar su perdón. Acuérdate de que Dios está tan inclinado a perdonar a los pecadores, que al verlos alejados de sí y muertos a la divina gracia, se lamenta de su perdición y con amorosas voces los llama, diciendo por su Profeta: *Y ¿por qué ha de morir? ¡oh casa de Israel!... Convertíos a mí y viviréis* (Ez 33,11). Y promete acoger amoroso al alma que le ha abandonado, luego que se arroja en sus brazos. *Convertíos a mí, les dice, y yo volveré a vosotros* (Zac 1,3). ¡Ojalá entendiesen los pecadores la bondad con que los espera el Señor para perdonarlos! *Por eso da largas el Señor, dice Isaías, para poder usar de misericordia con vosotros* (Is 30,18). ¡Ojalá llegasen también a comprender que todo su afán es no castigarlos, sino verlos arrepentidos, para abrazarlos y estrecharlos contra su corazón! *Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva* (Ez 33,11). Y si no le acogiere con misericordia y bondad, *entonces venid y argüirme, dice el Señor; aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve* (Is 1,18). Como si dijera: Arrepentíos, pecadores, de haberme ofendido, y después acercaos a mí, y si no os perdonase, argüidme, acusadme y llamadme infiel; pero no; jamás faltaré yo a mi palabra: si venís a mí, sabed que vuestra conciencia, aunque esté más negra que la semilla del carmín a causa de vuestros pecados, yo la tomaré más blanca que el campo de las nieves. Dice también el Señor que, cuando un alma se arrepiente de haberle ultrajado, se olvida de todas las iniquidades que contra Él cometió.

Por consiguiente, cuando tengas la desgracia de caer en algún pecado, levanta los ojos al cielo, haz un acto de amor de Dios y, confesando humildemente tus culpas, espera con toda confianza el perdón de ellas, diciendo al Señor: Este corazón, Dios mío, *que tanto amas, está enfermo* (Jn 11,3) y cubierto de llagas; *sana mi alma, porque pequé contra ti* (Sal 40,5). ¿Vais buscando pecadores arrepentidos? Aquí tenéis postrado a vuestros pies a uno que implora vuestro favor. El mal, hecho está: ¿qué debo, pues, hacer? Vos no queréis que pierda la confianza; aunque soy

pecador, todavía me queréis bien y yo también suspiro por vuestro amor; sí, Dios mío, os amo con todo mi corazón; me arrepiento de los disgustos que os he dado, y estoy resuelto a no ofender más a un Dios tan *suave, benigno y de gran clemencia* (Sal 85,5). Perdonadme y hacedme oír aquellas regaladas palabras que le dirigisteis a la Magdalena: *Perdonados te son tus pecados* (Lc 7,48), y dadme la fortaleza que necesito para guardaros en adelante fidelidad y amor.

Para no desalentarte, dirige una mirada, en estos casos, a Jesucristo crucificado; ofrece sus méritos al Eterno Padre, y espera confiado el perdón, puesto que para perdonarte a ti *no perdonó a su propio Hijo* (Rom 8,32). Dile, pues, con entera confianza: *Pon los ojos en el rostro de tu Cristo* (Sal 83,10). Mirad, Dios mío, a vuestro Hijo muerto por mí, y por el amor que tenéis a vuestro Hijo, perdonadme.

Graba, sobre todo, alma devota, en tu corazón este documento que de ordinario dan todos los Padres de la vida espiritual: acudir a Dios después de la falta cometida; aun cuando caigas cien veces al día, recobra luego la paz después de cada falta, y acude al Señor, como te he dicho. De lo contrario, desalentada y turbada por la falta cometida, ya no tendrás valor para conversar con Dios, flaqueará tu confianza, se resfriará el deseo de amar al Señor y adelantarás bien poco en el camino de la perfección. Al contrario, recurriendo a Dios sin demora, y pidiéndole perdón y prometiéndole la enmienda, las mismas caídas serán escalones para subir a la cumbre del amor divino, entre amigos que se aman cordialmente, sucede a las veces que el uno disgusta al otro; pero si el ofensor se humilla y pide al agraviado perdón, entonces, lejos de romperse, se estrecharán más los lazos de la amistad. Así debes portarte con Dios; obra de suerte que tus defectos sirvan para apretar más las cadenas del amor que a Él te unen.

4.º En las dudas.

Cuando te asalte alguna duda en el gobierno de tu alma o en la del prójimo, imita a los amigos fieles, que nada hacen sin mutuo consejo, y nunca dejes de dar a Dios esta muestra de confianza, pidiéndole consejo y suplicándole que te dé luces para obrar conforme a los designios de su voluntad. Dile con Judit: *Ponme tú las palabras en la boca y fortifica mi corazón en esta empresa* (Jud 9,18). Y con Samuel: *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha* (1 Reg. 3,10). Decidme, Señor, lo que he de hacer o aconsejar, que así lo haré.

5.º En las necesidades del prójimo.

Debes manifestar tu confianza en Dios, no sólo cuando se trata de encomendarle tus necesidades, sino también las ajenas. Agrada mucho a Dios que, olvidada alguna vez de tus propios intereses, le hables de los intereses de su gloria, de las miserias que agobian a tu prójimo, y especialmente de los que gimen bajo el peso de la tribulación, de las almas del Purgatorio, sus esposas queridas, que suspiran por verle en el cielo, y, finalmente, de los pecadores que viven privados de su gracia. Por los pecadores puedes hablarle de esta manera: “Siendo Vos, Señor, tan amable, merecéis ser infinitamente amado; ¿cómo sufre vuestra piedad ver a tantas almas en el mundo que, a pesar de colmarlas de beneficios, en vez de suspirar por conoceros y maros, os ofenden y menosprecian? ¡Oh Dios mío amabilísimo! Daos a conocer; haceos amar. *Santificado sea el tu nombre; venga a nosotros tu reino.* Sea vuestro nombre adorado y amado de todos, y reine vuestro santo amor en todos los corazones. No me despidáis, Señor, sin haberme otorgado alguna gracia para esas almas infelices, en cuyo favor imploro vuestra misericordia”.

6.º Deseos del cielo.

Dicen que en el Purgatorio son castigadas con particular castigo, llamado de *languidez*, las almas que mientras vivieron en este mundo desearon tibiamente el Paraíso. Y con razón son castigadas, porque el no desearlo con ardor es tener en poco el reino de los cielos que nuestro Redentor nos ha ganado con su muerte.

Por esta razón no te olvides, alma devota, de suspirar de continuo por el Paraíso, diciendo al Señor que te parecen mil años los que tienen que pasar antes de amarlo y verlo cara a cara en el reino eterno de la gloria. Arde en deseos de salir de este destierro y lugar de pecados, donde se corre tanto peligro de perder la divina gracia, para llegar cuanto antes a la patria del amor, donde le amarás con todas tus fuerzas.

Dile a menudo: “Señor, mientras viva en el mundo, estoy siempre en peligro de abandonaros y perder vuestro amor; ¿cuándo se acabará esta vida, durante la cual tanto os he ofendido para ir al cielo a amaros con toda mi alma y unirme con Vos, sin temor de perderos jamás? Por este fin postrero suspiraba siempre. Santa Teresa, y se alegraba cuando oía el reloj,

pensando en que había pasado una hora, juntamente con el peligro de perder al Señor. Suspiraba por la muerte, con el fin de poder ver a Dios; y tan grande era su deseo de morir, que parecía quitarle la vida; que esto es lo que canta en su admirable canción: *que muero porque no muero*.

En fin, si quieres dar gusto al amantísimo Corazón de tu Dios, procura hablar con Él lo más a menudo que puedas, y con entera familiaridad y confianza, que Él no se desdeñará de responderte y hablará contigo. No te dejará oír su voz de modo externo y sensible; pero te hablará interiormente sin palabras ni estrépito de razones, cuando te apartes de las criaturas para hablar a solas con Él. *Le llevaré a la soledad*, dice el Señor por Oseas, *le hablaré al corazón* (Os 2,14). Entonces te hablará por medio de sus inspiraciones y luces interiores, por los mil testimonios de su bondad, por los inefables consuelos de que inundará tu corazón, por las prendas que te dará de perdón y de paz, por la esperanza inefable de alcanzar el Paraíso, por una alegría interior, por las admirables dulzuras de su gracia, por los abrazos tiernos y amorosos; en una palabra, te hablará el lenguaje del amor, que sólo entienden las almas que le aman y han puesto en Él todo su gozo y contento.

IV

Modo práctico de hablar familiarmente con Dios.

Antes de terminar quiero trasladar aquí, como en compendio, lo que más arriba extensamente declaré, indicándote una manera práctica y devota de hacer todas tus diarias acciones de suerte que sean agradables a Dios.

1.º Al levantarte.

Al despertar por la mañana, sea tu primera preocupación levantar el corazón a Dios, ofreciéndole, en honra y gloria suya, todas las acciones y trabajos del día, suplicándole a la vez que te ayude con su poderosa gracia. En seguida harás los actos que todo cristiano debe hacer cada mañana: de amor y agradecimiento, de súplica y buen propósito de vivir en aquel día como si fuera el último de tu vida. Siguiendo el consejo del padre Saint-Jure, puedes hacer cada mañana un pacto con Dios, en el cual convengas que, al hacer tal o cual signo, como llevar la mano al corazón, levantar los ojos al cielo o mirar el crucifijo, y otros semejantes, es tu intención hacer un acto de amor, de deseo de verle amado de todos los hombres, de ofrenda de ti mismo y otros parecidos.

2.º Meditación.

Después de haber hecho los actos sobredichos, y colocado tu alma en el costado de Cristo y bajo el manto protector de la Virgen y rogado al Eterno Padre que por amor de Jesús y de María te guarde en aquel día, procura ante todo hacer meditación, a lo menos por espacio de media hora, meditando de modo especial los dolores y menosprecios que sufrió durante

su Pasión: este es el asunto más agradable a las almas piadosas, y que más inflama en el amor divino. Si quieres adelantar en la vida espiritual, debes cultivar de modo especial tres devociones: devoción a la Pasión de Jesucristo, al Santísimo Sacramento y a María Santísima. En la meditación no te canses de hacer actos de contrición, de amor de Dios y de ofrenda de ti mismo. Decía el V. Padre Carlos Caraffa, fundador de los Píos Operarios, que un acto fervoroso de amor de Dios hecho por la mañana en la oración, basta para conservar el fervor del alma por espacio de todo el día.

3.º Durante el día.

Procurad después hacer con devoción los demás ejercicios de piedad, como la confesión, comunión, el rezo del oficio divino, etc. Y cuando tengas que emplear el tiempo en las ocupaciones propias de tu estado, como el estudio, el trabajo y otros menesteres, no te olvides, antes de comenzar la acción, de ofrecerla a Dios, pidiéndole su favor y ayuda para hacerla bien; y, a ejemplo de Santa Catalina de Sena, procura recogerte en la celda de tu corazón para unirte a Dios. En suma: todo cuanto hagas, hazlo con Dios y por Dios.

Al salir de la habitación o de tu casa, y al volver a ella, encomiéndate siempre a la Virgen María, rezándole un *Ave María*.

Al sentarte a la mesa, ofrece a Dios el gusto o desabor que puedas experimentar al comer y beber; al fin de la comida dale gracias diciendo: ¡cuántos bienes sabéis dispensar al que os ha ofendido!

Durante el día no descuides la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima, y por la noche el rezo del Rosario y el examen de conciencia, con los actos cristianos de fe, esperanza, amor, arrepentimiento, propósito de la enmienda y deseo de recibir en vida y en la hora de la muerte los Santos Sacramentos, con intención de ganar las indulgencias a estos actos concedidas.

4.º Al acostarte.

Al acostarte, piensa que merecieras estar sepultado en el fuego del infierno, y luego entrégate al descanso abrazado al Crucifijo, diciendo con

David: *Mas yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus promesas* (Sal 4,9).

5.º Indulgencias.

Creo de alguna utilidad indicarte aquí de paso las muchas indulgencias concedidas a diversas oraciones y prácticas de piedad: será, pues, conveniente que por la mañana hagas intención de ganar todas las indulgencias que puedas en aquel día.

Al que rece los actos cristianos de fe, esperanza y caridad con cualquier fórmula, con tal que esté tomado de algún catecismo aprobado por la legítima autoridad eclesiástica, se concede indulgencia de tres años por cada acto cada vez, y rezándolos todos los días, indulgencia plenaria al mes, aplicable a los difuntos, y además indulgencia plenaria *in articulo mortis*.

Haz también intención de ganar todas las indulgencias concedidas al rezo del santísimo Rosario, al *Angelus Domini*, que se reza tres veces al día; a las letanías de la Virgen, a la *Salve*, al *Ave María*, al *Gloria Patri*, y a esta jaculatoria; “Bendita sea la santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios”; y a esta otra; “Sea alabado ahora y siempre el Santísimo Sacramento”; y al rezo del *Anima Christi*.

Añádanse a éstas las que se pueden ganar inclinando la cabeza al *Gloria Patri* y a los dulcísimos nombres de Jesús y de María; por hacer oración mental cada día durante media hora o un cuarto de hora se ganan varias indulgencias parciales, y una plenaria al mes confesando y comulgando. Varias otras indulgencias se ganan arrodillándose ante el Santísimo Sacramento y besando la cruz. Procura siempre ganar todas las indulgencias concedidas a estos ejercicios de piedad.

6.º En distintas ocasiones.

Si quieres, alma devota, pasar tu vida en perfecto recogimiento y unión con Dios, procura sacar provecho de cuanto ves y oyes, para levantar a Dios tus pensamientos y tener puestos tus deseos en las cosas de la eternidad.

Cuando, por ejemplo, veas correr el agua, piensa que de la misma manera te deslizas por la pendiente de la vida y que presto te acercarás a la muerte.

Cuando veas una lámpara que por falta de aceite se apaga y muere, considera que de esta manera se apagará un día la candela de la vida.

Cuando aciertes a pasar por delante de los cadáveres y de las sepulturas, advierte que un día vendrás a ser pasto de los gusanos en una de ellas.

Cuando veas a los grandes del mundo complacerse en sus dignidades y riquezas, compadécete de su locura y di: a mí me basta Dios. *Unos confían en sus carros armados*, dice David, *otros en sus caballos; mas nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios* (Sal 19,8). Se gloríen ellos de la vanidad y de la mentira; yo sólo me honro y me glorío de poseer el tesoro del amor y de la gracia de Dios.

Cuando asistas a pomposos funerales y veas los sepulcros de los grandes señores, puedes decirte: Si se han condenado, ¿para qué tanta pompa, para qué sirve tanta vanidad?

Cuando contemples el mar tranquilo o enfurecido por la tempestad, considera la diferencia que hay entre el alma que goza de la gracia de Dios y de la que vive en su desgracia.

Cuando veas un árbol seco, piensa y di: esto y no más es el alma sin Dios; únicamente sirve para ser arrojada al fuego del infierno.

Cuando aciertes a ver a un hombre culpable de un gran crimen, que tiembla de espanto y de vergüenza en presencia del juez, del padre o de cualquier otro superior, trae a la memoria el temor y espanto que se apoderará del alma pecadora cuando tenga que comparecer ante el tribunal de Cristo Juez.

Cuando truena o experimentas cualquier temor o sobresalto, saca de aquí cuál será el espanto de los infelices condenados, que de continuo están oyendo en el infierno el trueno espantoso de la ira de Dios.

Cuando veas a un condenado a muerte, que en el extremo de su aflicción exclama: ¿Conque tengo que morir?, ¿ya no hay remedio para mí?, considera cuán grande será la desesperación que experimentará el alma cuando, sepultada en el fondo del infierno, se vea obligada a decir: ¿Conque ya no hay remedio para mí?, ¿mi perdición ha de ser eterna?

Cuando contemples campiñas, riberas, flores y frutos, que con su olor y color recrean tus sentidos, exclama: ¡Cuán hermosas criaturas ha hecho Dios para regalarme y cautivar mi amor! ¡Qué serán las inefables dulzuras que me tiene preparadas en el Cielo! Santa Teresa, mirando las colinas y las praderas, decía que tan hermosas criaturas le echaban en rostro su ingratitud para con Dios. El abad Raneé, fundador de la Trapa, decía que tanta variedad de seres le recordaban la obligación que tenía de amar a Dios. “El cielo y la tierra, exclamaba San Agustín, me están diciendo que te ame a ti, Dios mío”. Se refiere a este proposito que, paseando por el campo un devoto solitario, hería con el bastón las hierbas y las flores del prado, diciéndoles: “Callad, callad, no me echéis en cara mi ingratitud para con Dios; ya os entiendo: callad, callad”. Cuando Santa María Magdalena de Pazzi tomaba en la mano una fruta o una hermosa flor, sentía en su corazón levantarse llamas de amor divino, y decía: “Lo cierto es que Dios ha pensado desde toda la eternidad en crear esta fruta y esta hermosa flor para darme una prueba del amor que me tiene”.

Cuando te pongas a mirar los grandes ríos o los mansos arroyuelos, piensa que, así como aquellas aguas corren sin descanso hasta descargar su peso en el mar, así también debes tú volar hacia Dios, que es tu único bien.

Si alguna vez tienes que viajar a caballo, di: Mira cómo estos inocentes animales se fatigan por servirme; y yo, ¿cómo me afano por servir y agradar a Dios?

Cuando veas un perrito que, por un miserable pedazo de pan, es tan fiel a su amo, piensa cuánto más fiel debes ser tú a Dios, que, después de haberte creado, te conserva la vida, provee a tus necesidades y te colma de beneficios.

Cuando oigas el canto de los pajarillos, puedes decir: ¿No oyes, alma mía, cómo estos animalitos alaban a Dios? Y tú ¿qué haces? Y después procura cantarle endechas de amor. Por el contrario, cuando oigas el canto del gallo, acuérdate que también tú, a ejemplo de San Pedro, renegaste en otro tiempo de Dios, y procura ahora borrar con lágrimas de dolor y de arrepentimiento los pecados que entonces cometiste; del mismo modo, cuando veas el lugar o la casa donde pecaste, vuelta a Dios, dile con el rey David: *Echa en olvido los delitos de mi juventud y mis necedades* (Sal 24,7).

Al contemplar los valles, fertilizados por las aguas que se despeñan del monte, considera que así descienden del cielo las aguas que, resbalando por las laderas de las almas orgullosas, van a detenerse en el valle de las almas humildes.

Cuando veas una iglesia hermosa y bien adornada, contempla cuán grande será la belleza de un alma en gracia, que es verdadero templo de Dios.

Cuando desde las riberas del mar te pongas a contemplar su inmensidad, trae a la memoria la grandeza e inmensidad de Dios.

Cuando veas fuego o velas encendidas en el altar, di: ¡cuántos años hace que debería yo arder en el infierno! Ya que Vos, Señor mío, no me habéis condenado a él, haced que mi corazón se inflame y arda en vuestro amor, como arde y se consume este cirio y esta leña.

Cuando mires el cielo estrellado, di con San Andrés Avelino: “Día vendrá en que estos mis pies pisen aquellos astros”.

Trae con frecuencia a la memoria el recuerdo de la vida y Pasión de Jesucristo; y por eso, cuando veas heno, pesebres, grutas, acuérdate del Niño Jesús en el establo de Belén; y si vieras martillos, sierras, hachas, piensa en Jesús cuando trabajaba como simple obrero en el taller de Nazaret. Pero si vieras espinas, cuerdas, clavos, y algún trozo de madera, piensa en los dolores y en la muerte del Redentor. Cuando San Francisco de Asís veía un Cordero, rompía a llorar, diciendo: “Mi Señor Jesucristo fue conducido como un cordero a morir por mí”. Finalmente, cuando veas altares, cálices, casullas, acuérdate del amor inmenso que nos ha demostrado Jesucristo dándonos en el Sacramento de la Eucaristía.

Durante el día conságrate a Dios con frecuencia, como lo hacía Santa Teresa diciéndole: “Aquí me tenéis, Señor; haced de mí lo que os agrade; dadme a entender lo que debo hacer por Vos, que a ello estoy dispuesta”. Haz también frecuentes actos de amor de Dios, que estos actos, como decía Santa Teresa, son a manera de combustible que alimentan en el corazón el incendio del divino amor.

La V. Sor Serafina de Capri, al considerar cierto día que la mula del monasterio no podía amar a Dios, llena de compasión, exclamó: “¡Pobre animalito, que no sabes ni puedes amar a tu Creador!” Y el animal se puso a derramar tan abundantes lágrimas, que regaron el suelo. Imita a esta santa religiosa, y cuando veas a un animal que no sabe conocer y amar a Dios, esfuérzate en multiplicar los actos de amor, ya que el Señor te ha dado facultades para ello.

Cuando caigas en alguna falta, humíllate luego y procura levantarte sin demora haciendo un fervoroso acto de amor. Y cuando te sobrevenga algún revés de fortuna o te suceda algo que te contraríe, ofrece al Señor tu

trabajo, procurando conformarte con su voluntad santísima, y, para mejor conseguirlo, acostúmbrate a repetir en todo género de tribulaciones estas palabras: “Ya que Dios así lo dispone, cúmplase su santísima voluntad”, convencida de que los actos de resignación son los actos de amor más agradables al corazón de Dios.

Cuando tengas que resolver una dificultad o dar un consejo de importancia, encomiéndate antes a Dios, y después obra y responde al que te preguntare. A ejemplo de Santa Rosa de Lima, repite muchas veces al día esta plegaria de David: *Venid, Señor, en mi ayuda*, socorredme y no me dejéis en manos de mi propio consejo.

Para obtener el favor y socorro de Dios, dirige a menudo tiernas miradas al Crucifijo y a la imagen de la Virgen, que debes tener en tu habitación, invocando, sobre todo en el momento de la tentación los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

Dios, en su infinita bondad, tiene gran deseo de concedernos sus gracias. El Venerable Padre Baltasar Alvarez vió en cierta ocasión al Señor con las manos llenas de gracias, buscando a quién distribuirlas; pero quiere que se las pidamos; de otra suerte, cerrará las manos y solos las abrirá para distribuirlas a los que le invocan. *¿Quién le invocó*, dice el Eclesiástico, *y fue despreciado?* (Eccli 2,13). Y David añade: *Tú, Señor, eres suave y benigno y de gran clemencia para todos los que te invocan* (Sal 85,5).

¡Cuán bueno y generoso es el Señor, dice Jeremías, *para todos los que le buscan* (Lam 3,25) con amor! Si se hace contradicho con los que no le buscan, como dice San Pablo (Rom 10,20), ¿con cuánto placer se dejará hallar de los que le buscan para servirlo y amarlo?

En una palabra: las almas justas deben, según Santa Teresa, conformarse en el amor con lo que hacen las almas bienaventuradas de la gloria. Así como los santos del cielo sólo tratan con Dios y en su amor y gloria tienen puestas sus complacencias, así obra tú también. En este mundo sólo en Dios debes cifrar tu felicidad; sólo El debe ser objeto de tus pensamientos, el único fin de tus acciones y deseos, hasta que llegues al reino eterno de la gloria, donde tu amor sea perfecto y consumado, donde tus deseos queden cumplidos y satisfechos.